

MEMORIA
DE
FERN. VII

I

FONDO ANTIGUO

A-3383/1

Bib. Regional







A-3383/1

R
181972

José Varela Cadabal.

Retrato - 366 p. - 1h.

MEMORIAS HISTORICAS

sobre

FERNANDO VII,
REY DE ESPAÑA.

publicadas en inglés y en frances

POR MICHAEL J. QUIN:

Siguense el

Ecsámen crítico de la revolucion de España de 1820 á 1823,
y España en el siglo diez y nueve,

por Mr. Luis de Carucé.

Tres tomos en 8.º mayor.

TRADUCIDOS AL CASTELLANO

Por D. Joaquin Garcia Jimenez.

TOMO PRIMERO.

Véndese en Valencia en la imprenta de GIMENO,
y la librería de MARIANA.

MEMORIAS HISTÓRICAS

FERNANDO VII

MEMORIAS HISTÓRICAS

publicadas en Madrid y en Ginebra

POR MICHAEL J. GILK

Esta obra es propiedad del Editor, quien demandará ante la ley los ejemplares que no lleven la contraseña que á su tiempo manifestará.

por esta casa de imprenta

Todos los derechos reservados

TRADUCCIONES AL CASTELLANO

Por D. Joaquín García Giner

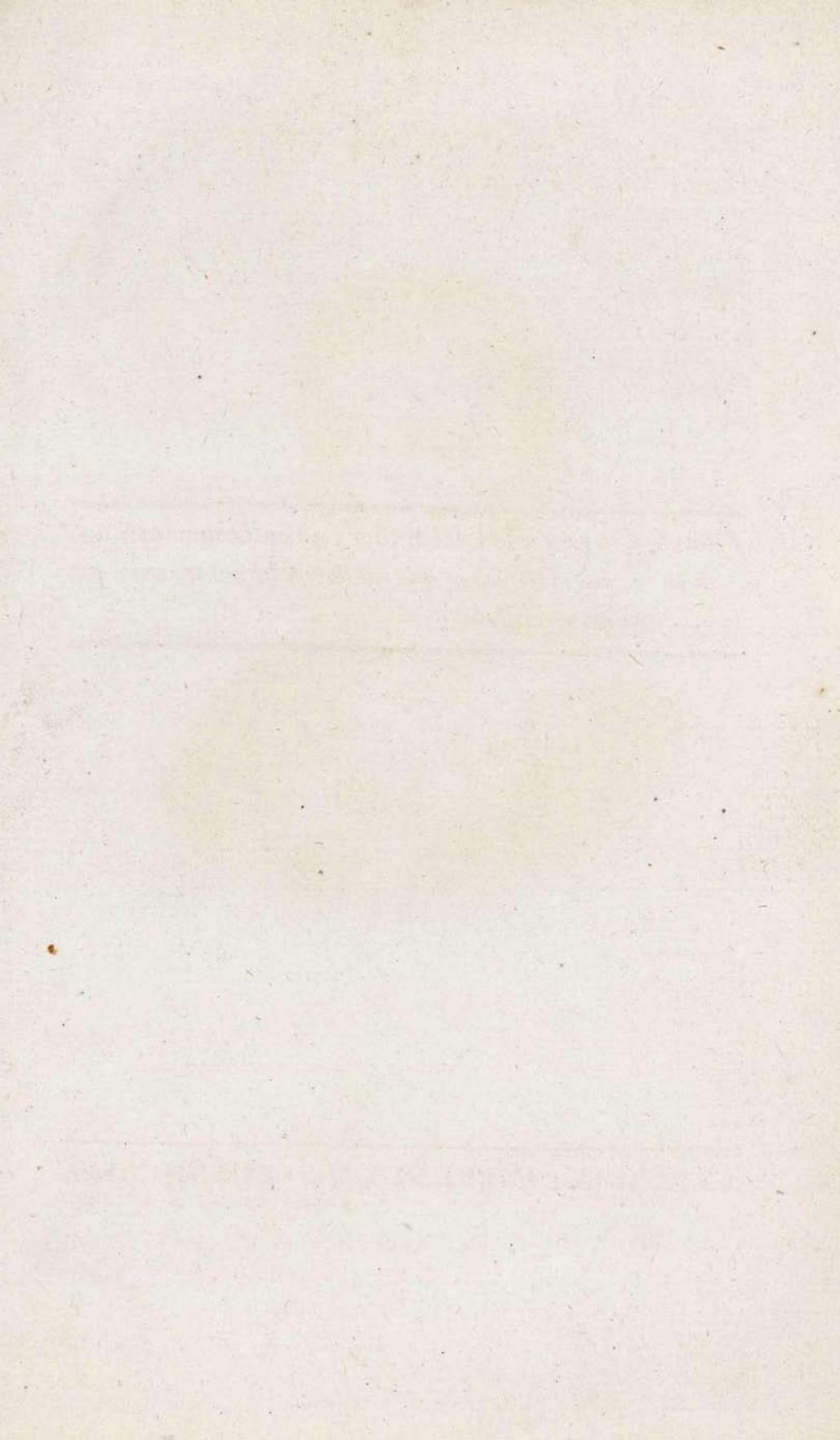


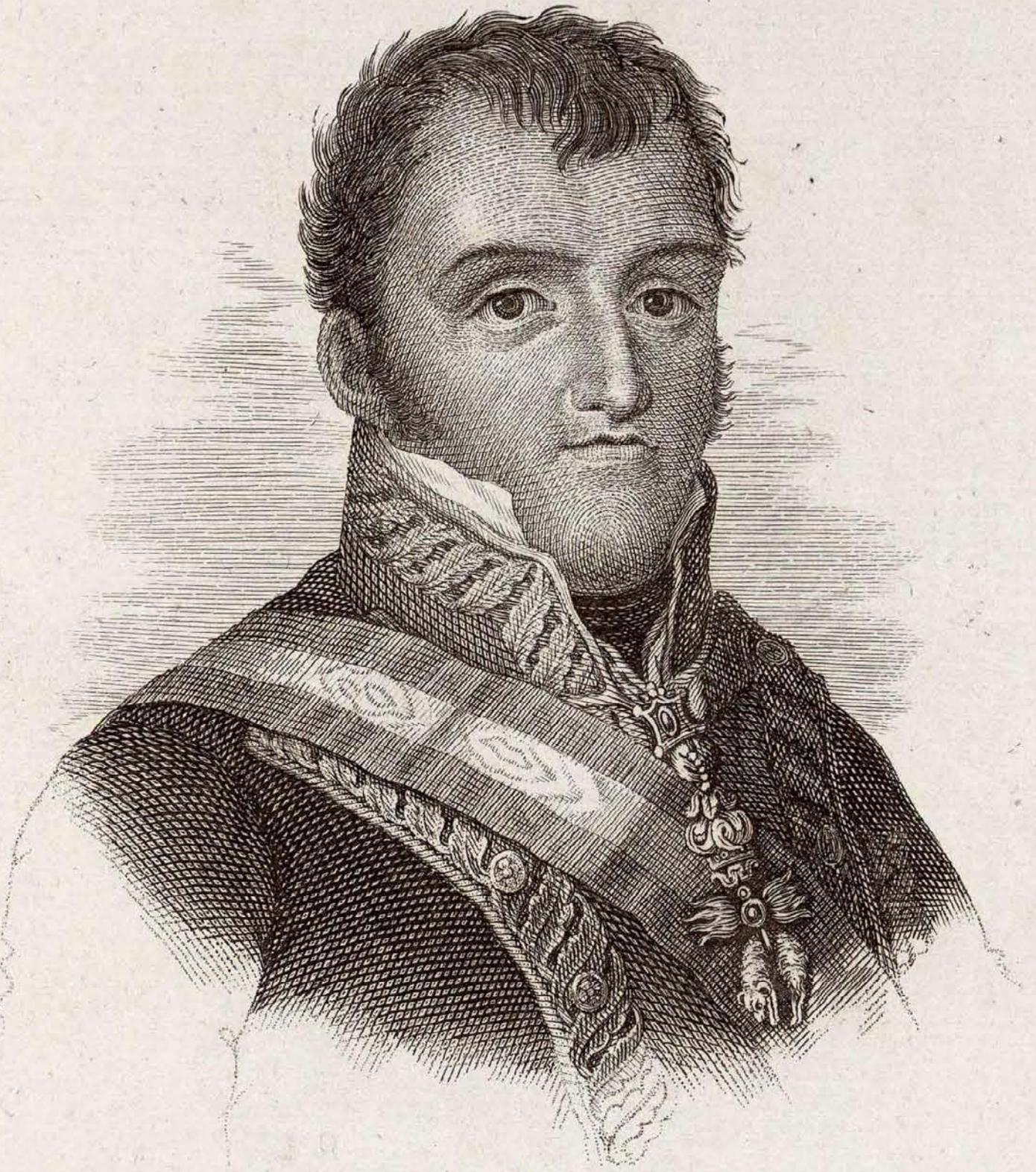
TOMO PRIMERO

VALENCIA: IMPRENTA DE GIMENO. 1840.

Impreso en Valencia en la imprenta de Gimeno

y la librería de MARLAKA.





*Fernando VII.
Rey de las Españas.*



PROLOGO DEL AUTOR.

Razones de prudencia, que comprenderá fácilmente el que atienda al estado actual de España (1), impiden á su autor poner el nombre al frente de esta obra. Destruido de la península como muchos de sus compatriotas á causa de los funestos acon-

(1) Publicáronse por vez primera estas MEMORIAS en los días aciagos del despotismo, cuando aun existía el rey Fernando,

tecimientos de que ha sido teatro, ha dejado en ella parientes y amigos que no quiere esponer á los rigores del gobierno.

El objeto de estas MEMORIAS es presentar una pintura fiel del carácter de Fernando VII. No solamente las alternativas de su vida, sino hasta las propensiones de su corazón y las cualidades de su espíritu, han ejercido una influencia sumamente inevitable sobre el destino de sus estados desde su edad viril hasta el momento presente. En un país como la Inglaterra, donde el soberano existe bajo el poder de las leyes, es raro que su carácter personal tenga consecuencias políticas de importancia: mas no sucede así en las monarquías absolutas como la española. Las prendas personales del soberano influyen poderosamente sobre todas las ramas del gobierno: todo emana de su única voluntad: y cuanto puede obrar, de cualquier modo que sea, sobre esta voluntad debe ocupar

un lugar en la historia política de la nación.

Como el cuadro de los seis años que siguieron á la restauracion del rey Fernando en 1814, es de los mas deplorables que puedan presentarse á la vista de un filósofo y de un historiador, no es muy fácil al autor usar del lenguaje de la templanza y de la moderacion. Se ha impuesto sin embargo sumo respeto en este punto: y ha conocido la necesidad de hacerse superior á las pasiones del momento y de referir los hechos de que tratan las MEMORIAS que publica, con la misma imparcialidad que usaría al describir la época de Felipe II. Si ha cometido algunos errores, sus numerosos compatriotas que actualmente residen en Inglaterra podrán fácilmente corregirlos.

un lugar en la historia política de la na-
 ción.
 Como el cuadro de los seis años que
 siguieron a la restauración del rey Fer-
 nando en 1814, es de los mas deplorables
 que puedan presentarse a la vista de un
 filósofo y de un historiador, no es muy
 fácil al autor usar del lenguaje de la tem-
 planza y de la moderación. Se ha impo-
 sado sin embargo sumo respeto en este pun-
 to; y ha conocido la necesidad de hacerse
 superior a las pasiones del momento y de
 referir los hechos de que tratan las Me-
 morias que publica, con la misma impar-
 cialidad que usará al describir la época
 de Felipe II. Si ha cometido algunos er-
 rores, sus numerosos contrarios que ac-
 tualmente residen en Inglaterra podran
 fácilmente corregirlos.

MEMORIAS HISTORICAS

SOBRE

FERNANDO VII.

REY DE ESPAÑA.

Fernando de Borbon nació en el Escorial el 14 de octubre de 1784. Desde sus mas tiernos años fue victima de dos circunstancias que influyeron poderosamente sobre los sucesos de su vida; su temperamento débil y delicado, y el odio que le profesaba su madre María Luisa (1); odio que se

(1) Teresa María Luisa, esposa de Cárlos IV, nació en Parma en 1754 y murió en Roma en 1819: era hija del infante don Felipe. En 1765 se casó con el príncipe de Asturias, y apenas se hubo firmado su contrato matrimonial manifestó la princesa el carácter imperioso con que se distinguió mas tarde. Ecsijió que le tributasen los honores debidos á su nuevo rango, ocasionando de este modo continuas rencillas entre ella y su hermano el duque Fernando. Un dia arrebatada de cólera le dijo: »Yo te enseñaré á respetarme como debes; porque llegará el dia en que seré reina

aumentó á proporcion del incremento que tomaba su amor á don Manuel Godoy , príncipe de la Paz (1).

de España, mientras tu teudrás que contentarte con el ducado de Parma." Su hermano le respondió: "En ese caso el duque de Parma tendrá el honor de dar un bofetón á la reina de España:" y así lo hizo acto contínuo. Cuando vino á España á reunirse con su esposo, Carlos III la recibió con una frialdad muy notable; y dispuso vijilar sus pasos cuidadosamente, sobre todo desde que descubrió que daba de incógnito sus paseos por las calles de Madrid acompañada de dos damas jóvenes de la córte, y algunas veces sola. Gradualmente tomó sobre su marido un ascendiente irresistible que conservó hasta el fin de sus días. Sus relaciones íntimas con Godoy tuvieron tambien dias de borrasca: y una vez intentó perderle en el ánimo del rey; pero el cariño de Carlos IV á su favorito destruyó esta tentativa de la reina, que en el fondo procedía de un acceso de celos. En sus últimos años se hizo devota.

(1) Don Manuel Godoy nació en Badajoz en 1764. Dicen que su familia era noble; lo cierto es que estaba en las puertas de la indijencia. Enviáronle muy jóven á Madrid en compañía de su hermano Luis, sin otros recursos que la capa y la espada, muy buena estatura, rostro interesante y una suma habilidad en el arte de tañer la guitarra. Vencidas algunas dificultades, ambos hermanos entraron en el cuerpo de guardias de corps, donde tuvieron que atenerse por mucho tiempo al escaso sueldo que allí gozaban y que era su único recurso. En esta época de la vida de Manuel que tan singularmente contrasta con los encumbrados destinos que le aguardaban, sufrió algunas ve-

Confíaron esclusivamente la educacion de Fernando á hombres escojidos por el favorito , y que le debian toda su fortuna por la proteccion que

ces la escasez mas absoluta: su hermano Luis fue el primer escalon de su rápida fortuna. Tenía cierta intriga amorosa con una dama de la reina, y conociendo su enamorada el talento de Luis para la música quiso que le oyese su augusta señora. Aplaudió su habilidad la reina y Luis se aprovechó de este momento para decir: «Ay, señora! qué diría vuestra Majestad si oyese á mi hermano?» Al instante fue llamado Manuel y no volvió á tratarse de Luis; sin que por eso se menguase la amistad que los unía. Luis murió en 1801 capitán jeneral de Estremadura. No tardó la reina en dar pruebas de la pasion que la dominaba y que la subyugó todo el resto de su vida. Hizo al rey su esposo partícipe del entusiasmo que la poseía por Godoy, quien fue nombrado luego mayor del cuerpo de que era simple guardia, y á poco tiempo consejero de Estado. Carecía de grandes talentos y de instruccion; pero esplicábase con gracia y soltura, ecsistiendo muchos puntos de semejanza entre este favorito y Buckingham, que sucesivamente gozó la privanza de Jacobo I y de Cárlos I de Inglaterra.

Cuando comenzó la revolucion francesa pronuncióse contra ella don Manuel Godoy, y el viejo conde de Aranda que tomó el partido contrario sufrió un pronto destierro. Al dia siguiente recayó en Godoy el nombramiento de secretario de Estado, y á los pocos dias el de primer ministro con el título de duque de la Alcudia. En 1795 mudó de rumbo político y firmó la paz con Francia; porque comenzaba á conocer que debía buscar en el exterior un apoyo contra el descontento jeneral que despertaba su administracion. Véase en-

les había dispensado. Uno solo se distinguía por sus conocimientos literarios; era este don Juan Escoiquiz, conónigo de Toledo, que á sus talentos añadía un carácter emprendedor y osado (1).

tonces el favorito en la cumbre del poder. Creado príncipe de la Paz, colmado de dones y de riquezas casóse en fin con una parienta del rey, no obstante sus relaciones con la señorita Tudó, hija de un gentil hombre á quien había nombrado gobernador del Retiro, palacio contiguo á Madrid. Con la induljencia que los caracteriza en todos los países los jenealogistas probaron que Godoy descendía de Motezuma.

Advertencia á la nota anterior: Cuando el autor publicó esta obra aun no habian visto la luz pública las *Memorias del príncipe de la Paz*, impresas recientemente en lengua francesa y castellana.

(1) El canónigo Escoiquiz comenzó su carrera siendo paje en la córte de Cárlos III. Había recibido una educación esmerada, y nunca cesó de cultivar la literatura, traduciendo algunas obras inglesas de Milton y de Young, y publicando varios folletos y escritos sobre la instrucción de la juventud. Dedicóse á la educación del príncipe Fernando, cuyo preceptor era y fue en las ocasiones mas importantes uno de sus consejeros mas celosos, y si se quiere mas fieles: pero de siniestro augurio para España causando sus mayores infortunios. La historia conservará su conversacion en Bayona con Napoleon. »Canónigo, usted sabe mucho" le dijo el Emperador con aire de zumba. Fernando le desterró á Murcia, le volvió á llamar á la córte y despues le desterró segunda vez á Andalucía. Es autor de un poema, titulado: *La conquista de Méjico*; y tradujo en verso español, como arriba indicamos, *Las noches de Young* y el *Paraiso perdido*, del célebre é inmortal poeta ingles Milton.

Al plantear el curso de educacion del príncipe de Asturias, Godoy adoptó principios semejantes á los que habían seguido en otros países Mortimer, Richelieu y Bute. Su interés ecsijía que el heredero de la corona no saliese de la dependencia, de la sumision y si posible era, de la nulidad: porque su permanencia en el poder era incompatible con las ideas que el príncipe debía naturalmente adquirir: asi que no olvidó ninguno de los medios propios para llegar al fin que se proponía. Los preceptores de Fernando veíanse obligados á seguir la línea de conducta que les había trazado el príncipe de la Paz, quien había rodeado al augusto jóven de espías, y había formado su córte con los hombres mas ignorantes que no tenían otro destino que perpetuar su infancia y alejarle de los negocios públicos del reino.

El príncipe de Asturias vivía pues en la córte de su padre en una absoluta dependencia. Ni la mas lijera satisfaccion suavizaba la aspereza de su suerte; y ninguno le recordaba la importancia política que debía darle el lugar que ocupaba cerca del trono. En efecto, las consideraciones de esta naturaleza cedian al poder absoluto, al lujo oriental y á la influencia ilimitada del príncipe de la Paz. La reina que preveía los infortunios que amenazaban á su favorito, si el príncipe de Asturias abría una vez los ojos sobre su situacion y procuraba recobrar el rango y la influencia que le pertenecían de derecho, servíase con actividad de todos

los medios que podian suministrarle su carácter intrigante , sus tesoros y el poderio sin límites que ejercía en la córte de Cárlos IV , para perseguir á su hijo primojénito , para turbar y emponzoñar el curso de su vida. De aquí se orijinó una guerra doméstica de la que los españoles no podian permanecer espectadores indiferentes. Aunque no podamos decir con ecsactitud que el pais se dividió en dos partidos políticos, sin embargo ecsistian dos opiniones distintas que se manifestaban con señales claras : la una era favorable al príncipe de la Paz y la otra al príncipe de Asturias. En torno del primero habíanse colocado naturalmente el mayor número de los ambiciosos, los jefes del ejército, y algunos optimistas políticos que esperaban que el ministro obraría en las instituciones de la monarquía el cambio y las reformas necesarias para la ventura del pais : pero la masa de la nacion que por una parte veía el desórden y las desgracias de que era víctima el Estado desde que Godoy empuñaba sus riendas , y por otra parte se lastimaba con la suerte desventurada de un príncipe destinado á ocupar un dia el trono de España , cobrábale de dia en dia mayor afecto , y aglomerábanse poco á poco esos elementos de ecsasperacion y de odio que debian necesariamente producir pronto ó tarde una esplosion decisiva.

No desdice de nuestro objeto el echar una mirada rápida sobre el estado moral de la nacion española en la época de que tratamos. El hombre

que dirigía entonces sin opinion ni obstáculos los destinos de Iberia , habíase encumbrado al puesto brillante que ocupaba por unos medios que se oponian á los mas simples deberes del decoro público y á las obligaciones mas sagradas que imponen á la sociedad las leyes divinas y humanas. Este funesto gérmen de corrupcion produjo en poco tiempo las mas terribles consecuencias; y las altas clases de la sociedad olvidaron ó trastornaron las ideas de la moral. Arrastrados por el deseo desenfrenado de engrandecerse , y por el ansia de incensar al ídolo del dia , sacrificaban los cortesanos todos los miramientos : y el soberano que parecía á los ojos de sus súbditos condenado á esa especie de desgracia que tan dificilmente soportan hasta los hombres de la mas ínfima clase , sancionaba con su tolerancia ó su negligencia los desórdenes mas incompatibles con el bien del Estado. La corrupcion caminaba con pasos rápidos y detestables , y venia á ser el único medio de satisfacer la ambicion , y algunas veces tambien de conseguir justicia. El marido vendia á su mujer , el padre á su hija , el hermano á su hermana. Los empleos públicos , las riquezas del Estado , el favor del rey todo estaba en manos de un solo hombre , que disponía de ellos segun los caprichos de su imaginacion , ó el impulso de sus pasiones. Los tribunales no pronunciaban sentencia alguna sin haber consultado antes ó sus intereses ó sus inclinaciones , y el clero colocaba en el altar el retra-

to de Godoy al lado de la imájen del hijo de Dios. El curso de los negocios públicos y la administracion de todos los ramos que componen el sistema de gobierno seguian la impulsión que recibian del centro de estos desórdenes. La confusion que reinaba en la hacienda, los actos arbitrarios de los que ejercian alguna autoridad, la necesidad de sostener un poder ilejítimo por medios violentos y pérfidos, el saqueo del tesoro nacional por un hombre insaciable de riquezas, y en fin las persecuciones crueles ejercidas contra las personas distinguidas que procuraban oponerse á los infortunios que abrumaban el reino, eran para un observador atento otras tantas señales ciertas que indicaban la procsimidad de una de aquellas crisis que rejeneran ó destruyen las naciones.

Iba á llegar una época que despertaba nuevas y consoladoras esperanzas, y que parecia debía derrocar sin violencia el poder inmenso levantado sobre las ruinas del honor y de los verdaderos intereses de la nacion. El matrimonio entre Fernando y María Antonia de Borbon, hija del rey de Nápoles, estaba á vísperas de concluirse; y España entera esperaba los mas felices resultados de esta union, deseándola ardientemente el príncipe mismo como que le presentaría ocasion favorable para libertarse de la penosa esclavitud en que jemia, y para tomar en fin entre los hombres el rango que hasta entonces le habian rehusado sus contrarios. Celebráronse en Barcelona con pompa y

con grandes demostraciones de alegría estas bodas, y las de la hermana de Fernando la princesa Isabel con el heredero presuntivo de la corona de Nápoles. No obstante que un acontecimiento de tanta importancia escitó naturalmente la atencion jeneral, no bastó á eclipsar por un momento el esplendor de Godoy ni causó el menor detrimento á su omnipotente influencia. Llegaron los príncipes á la capital, y cuantos deseaban una mudanza en la direccion de los negocios públicos, fijaron sus observadoras miradas en la princesa de Asturias.

Hallábase adornada esta bella princesa de un espíritu brillante y de un carácter decidido: y la educacion que había recibido de su madre era al propósito para desarrollar y aumentar sus cualidades naturales. Poseía familiarmente las principales lenguas de Europa, y conocía la literatura antigua y moderna: ni tampoco ignoraba las teorías lejislativas y políticas que en el discurso de tantos años han fijado la atencion de los varones mas eminentes en el mundo filosófico. La independencia natural de su carácter habíase fortalecido y acrecentado con un corazon en que las reglas despóticas de la etiqueta habian sufrido modificaciones muy considerables: y los conocimientos que había adquirido de la situacion funesta de su esposo, le inspiraron la noble ambicion de restituirle á la dignidad de que hasta entonces le habian privado. La familia real de Nápoles, educada en la

escuela del infortunio, había luchado contra la suerte, y experimentado todas las consecuencias de las vicisitudes humanas. Habíase pues despertado del letargo en que yacen ordinariamente los príncipes mientras que sucesos extraordinarios no vienen á turbar su tranquilidad, y á disipar las ilusiones del poder y del esplendor que los rodean. La reina Carolina que había gobernado el Estado durante los peligros á que la revolucion francesa y la invasion de Italia habian espuesto su trono, preveyó claramente las humillaciones que amenazaban á su hija en una córte en que el solo título de esposa de Fernando bastaba para suscitarle muchos y poderosos enemigos: habíale pues dado todos los consejos que creia necesarios para que lograse destruir á sus contrarios y apoderarse de su caída.

Ningun efecto produjeron sin embargo los dones de la naturaleza y de la educacion y las previsiones de la política: porque la influencia y las intrigas de Maria Luisa desvanecieron tan lisonjeras y bien fundadas esperanzas, y Antonia lejos de ser la libertadora de su esposo fue la compañera de su servidumbre y de su desgracia. Al cabo de algunos años quedó rota esta union desventurada bajo todos conceptos con la muerte prematura de la princesa, atribuida jeneralmente al odio de sus perseguidores. El suicidio cometido algunos meses despues de este suceso por el boticario de palacio, y el afan conque la policia hizo desaparecer

prontamente una carta que habia escrito antes de quitarse la vida , fortalecieron las sospechas , aumentaron la ecsasperacion de los españoles y excitaron un deseo jeneral de poner término á males de naturaleza tan grave y tan terrible.

El príncipe habia adquirido en la conversacion con su esposa algunas ideas que le dieron á conocer toda la estension del degradante estado en que le habian sumido, y le inspiraron el deseo de salvarse. Entretenia sus esperanzas la discordia que reinaba en el real palacio. El cuarto del príncipe era el punto de reunion de un gran número de cortesanos que aun no habian perdido el sentimiento de su honor y de su virtud. Escoiquiz no se tomaba el trabajo de ocultar su indignacion, y trabajaba para encender la de Fernando: de esta efervescencia resultó que otras muchas personas se declararon contra el favorito. Mezcláronse, en los dos partidos, chismosos é intrigantes , y concibióse con suma imprudencia la esperanza de un triunfo que miraban como indudable. Así despertaron la atencion del bando mas fuerte , y no tardó en quedar completamente aniquilado el mas débil: Escoiquiz fué enviado á su catedral de Toledo acompañado de una escolta. Desterraron á todos los criados del príncipe, y redujeron su corte á cuatro ó cinco individuos los mas estúpidos, dándoles las instrucciones mas minuciosas y que se estendian á las diversiones , que debian permitirse al príncipe y á las conversaciones que no le estaban prohibidas. Por

sete tiempo D. Manuel Godoy fué nombrado almirante y general en gefe del ejército español. No satisfecho con el poder inmenso que acumulaba sobre sus hombros, hizo firmar al rey un decreto en que concediéndole menos atribuciones, casi le igualaba con el monarca. Estaba á sus órdenes el ejército entero, y el cuerpo de artillería que siempre se ha mirado como el mas respetable de las fuerzas militares de España, pintó las armas de Godoy en sus banderas.

Así se abusaba de la paciencia de los españoles, de un pueblo ya irritado, no solo por la ambicion desmesurada de este hombre, sino tambien por la facilidad con que se violaban y destruian las leyes y las costumbres del reyno para contener la sed de honores que lo devoraba. Las criaturas del príncipe de le Paz que ejercian el poder militar y político en las provincias, orgullosas con la proteccion poderosa que las sostenia, oprimian al pueblo y le escandalizaban con su insolencia, su audacia y los desórdenes de su conducta. El tesoro estaba agotado apesar de las sumas inmensas que proporcionaban las Colonias: y para recurrir á las necesidades imperiosas del Estado y satisfacer la avaricia insaciable de Godoy fué preciso recargar al pueblo con nuevos impuestos, que llegaron á ser tales que en muchos establecimientos de comercio se desconocieron abiertamente los derechos de propiedad. Cada uno de estos abusos aumentaba el número de los descontentos, que no tardaron en es-

presar en alta voz sus quejas á pesar de los esfuerzos de una policía muy activa que se habia organizado únicamente para asegurar el poder del favorito. Los amigos del príncipe de Asturias vieron estenderse de dia en dia la esfera de sus esperanzas, y reunieron sus fuerzas para intentar un nuevo esfuerzo.

Escapóse Escoiquiz de Toledo á favor de un disfraz y regresó á Madrid, donde en medio de las mayores precauciones logró tener algunas entrevistas con varios personajes que podian ayudarle en el negocio que intentaba en favor de Fernando. El conde de Beauharnais, embajador de Francia, se mostró principalmente favorable á los intereses del heredero de la corona de España, y como veremos mas adelante, se comprometió personalmente procurando ser útil. El duque del Infantado á quien la enemistad de Godoy habia desterrado de la corte y despojado de todos los cargos que en ella obtenia, ofreció su crédito y fortuna. Otros grandes de España, como Orgaz, Ayerbe y San Carlos entraron en sus miras; y distintas personas de un rango inferior en la servidumbre de Fernando prometieron cooperar á la empresa con todas sus fuerzas.

Fernando deseaba en extremo que sus amigos tomasen algunas medidas decisivas antes de la celebracion de su matrimonio con la hermana de la princesa de la Paz, hija del infante D. Luis, hermano de Carlos III. Godoy habia concebido el proyecto de este enlace; y el desventurado Fernando

habia ya prestado su consentimiento. En el instante en que todo estaba dispuesto para llevarlo á efecto, Fernando dirigió á Napoleon una carta desde el Escorial con fecha de 11 de octubre de 1807, en la que despues de haber espresado en los términos mas enérgicos los sentimientos de respeto, de estimacion y de afecto « que profesaba á un héroe que eclipsaba á todos los que le habian precedido, y que la Providencia habia enviado para libertar la Europa de la anarquía que la amenazaba, » pintaba la desagradable situacion en que se encontraba, atribuyéndola al egoismo y á la perfidia de los hombres que rodeaban el trono de su padre. Concluía esta carta manifestando el deseo que tenia de unirse á la augusta familia de Napoleon: rogándole que le concediese este favor, por el que se mostraria hijo reconocido, y declarando que estaba determinado á desechar toda alianza que no obtuviese la aprobacion de su majestad imperial. (Apéndice número 1°).

Pasemos á explicar el plan que habian formado los partidarios del príncipe de Asturias. Uno ó dos dias despues de escrita la carta de que acabamos de hablar, debia Fernando pasar al cuarto del rey su padre y entregarle una memoria en la que pintase el estado de su nacion y los males que la abrumaban, y que provenian indudablemente del poderío sin límites que ejercia el príncipe de la Paz. Fernando debia leer esta memoria á su padre y hablarle con este motivo de una manera firme y de-

cidida. En el caso en que el rey no se rindiese á sus instancias, llamaria para atestiguar sus asertos y apoyar sus ruegos, á las personas distinguidas con cuyo acuerdo obraba: mas no se presentó ocasion propicia para ejecutar el plan convenido. Habíalo descubierto todo Godoy, y habia instruido al rey del proyecto representándoselo como una conspiracion contra su vida y la de la reina. Carlos IV sorprendido dolorosamente con un acontecimiento tan imprevisto y tan horrible, y fascinado mas que nunca con la confianza que dispensaba al enemigo declarado de su hijo, dejóse guiar enteramente por sus consejos. Por sujestion del ministro púsose á la cabeza de sus guardias, dirijióse al cuarto de su heredero en el Escorial el 29 de octubre de 1807, y le mandó conducir en fin á un aposento que quedó trasformado en verdadera prision. Allí en presencia de sus ministros le pidió su espada; le anunció que quedaba arrestado, y le dejó custodiado por dos centinelas y cercado de personas enteramente vendidas á Godoy. Apoderáronse de todos los papeles del príncipe, y verificáronse numerosos arrestos en el Escorial y en Madrid.

Entre los papeles que se encontraron en el cuarto del príncipe figuraba la memoria cuya lectura y presentacion habian de servir de oríjen á la pretendida conspiracion; y estaba toda entera escrita de puño de Fernando, conteniendo verdades amargas, espresadas en el lenguaje mas enérgico. A mas de este documento hallaron un papel en el que se

hablaba bajo nombres supuestos de la alianza proyectada entre Fernando y su cuñado el príncipe de la Paz ; una carta escrita por Escoiquiz ; la clave que habia servido para la correspondencia de la princesa de Asturias María Antonia con su madre, y en fin un despacho de generalísimo en favor del duque del Infantado, dándole amplios poderes para obrar en nombre de Fernando, en el caso en que muerto Carlos, quisiera alguno oponerse á su elevacion al trono.

Al dia siguiente Fernando sabiendo que su padre habia salido á caza, envió á un individuo de la servidumbre á su madre rogándola que pasara á su prision, ó que le permitiese visitarla para correr el velo á muchos secretos de la mayor importancia. La reina mandó responderle que no le era posible acceder á sus deseos; pero que podia comunicar cuanto juzgase oportuno al marques Caballero, ministro de gracia y justicia. Presentóse en seguida Caballero en el cuarto del heredero del trono, quien escribió y firmó en su presencia una relacion en que revelaba espontáneamente todos los detalles del suceso por el que habia perdido su libertad. Dió cuenta de la carta que habia escrito al emperador de los franceses; descubrió la parte que habia tomado Escoiquiz en la redaccion de la memoria que habia de poner en manos del rey, y las otras medidas relativas á la conspiracion, y espresó los nombres de los que habian servido de confidentes en la empresa. En virtud de esta declaracion

fueron arrestadas algunas personas que hasta entonces habian estado al abrigo de las sospechas.

Carlos IV participó á Napoleon este suceso en términos que demostraban fácilmente el ascendiente que habia tomado sobre su ánimo el príncipe de la Paz. La carta escrita toda de puño del monarca encerraba la terrible acusacion contra Fernando de haber intentado destronar á su padre, y haber tenido el designio de hacerle morir juntamente con su madre. A mas declara que la ley de sucesion al trono debe ser revocada, y que debe ocupar el lugar de Fernando en el sόlio y en el corazon de sus parientes un hermano suyo. (Apéndice número 2°).

Al propio tiempo el rey mandó publicar un manifiesto dirigido al pueblo español, en que decia que la Providencia acababa de salvarle de un peligro inminente; que su vida servia de obstáculo á la elevacion de su sucesor, que violando los principios de la religion habia formado el proyecto de destronarle; que su majestad habia querido convencerse por sí mismo de la verdad de los hechos; que habia descubierto la clave de la correspondencia que mantenía Fernando con sus parciales; y finalmente, que no queria ocultar á sus súbditos una desgracia tan cruel, y que le harian soportar mas fácilmente las seguridades de su amor al monarca.

Mandaron comparecer á Fernando en presencia del rey y la reina, de los ministros y del presidente del consejo de Castilla, y quisieron hacerle confesar que habia tenido el designio de asesinarle.

narlos y de destronarlos. Mas fueron vanos tantos esfuerzos: el príncipe de Asturias sostuvo con constancia y fortaleza que no habia abrigado otros proyectos que los contenidos en los papeles que se habian encontrado en su cuarto.

Sin embargo, luego que volvió á su prision, algunos personajes de la corte que habian ido á visitarle, le manifestaron que no ecsistian otros medios de libertarse del castigo mas severo, que confesar francamente el crimen que le imputaban. Siguiendo sus consejos Fernando lo confesó con las palabras mismas que le dictaron; y escribió dos cartas, una para su padre y otra para su madre, pidiéndoles perdon del modo mas sumiso, declarándose culpable no solo del crimen enorme de que le acusaban contra los autores de sus dias, sino tambien de culpable obstinacion por haber hasta aquel momento persistido en negar la verdad. Concluia rogando á sus padres que le permitiesen arrojarse á sus pies. (Apéndice número 3º). Otorgáronle la gracia solicitada, en presencia del príncipe de la Paz, que intercedió con el rey y con la reina para que le perdonasen sin restriccion: así es que Fernando dió á Godoy las mayores seguridades de su estimacion y de su confianza. Carlos IV mandó publicar al otro dia las dos cartas en toda España; declarando al propio tiempo que aunque habia perdonado á su hijo, no por eso dejaria de continuar el curso de la causa, y que instruiria á la nacion de sus resultados para disipar la alarma que habia ori-

jinado el peligro del monarca. En su consecuencia continuóse el proceso; mas los jueces á pesar del terror que les habia inspirado la omnipotencia del príncipe de la Paz, no encontraron motivos suficientes para imponer á los acusados el mas lijero castigo: no obstante el monarca los desterró gubernativamente á diferentes puntos del reino.

D. Manuel Godoy envió al gran duque de Berg una relacion detallada de estos acontecimientos para que la enseñase al emperador Napoleon: no es difícil adivinar la aspereza y el espíritu de parcialidad que caracterizaría su relato. Sin embargo apuntó una circunstancia propia para dar pie á importantes resultados; esto es, la intelijencia que ecsistia entre Escoiquiz y el embajador frances Beauharnais, con la promesa que este habia hecho á Fernando de la proteccion del emperador. Desagrado en alto grado á Napoleon el último estremo, y riñó severamente á Beauharnais, privándole del conocimiento confidencial y auténtico de los planes que formaba su amo sobre España.

— Tenian su oríjen estos planes en los artículos secretos del tratado de Tilsit, en el que se habian concluido estipulaciones para destronar la rama de Borbon que reinaba en la Península, y para colocar en el sόlio á uno de los hermanos de Napoleon. Para llevar á cima semejante empresa, Napoleon fingia prestarse á los designios que la ambicion de Godoy habia hecho adoptar al gabinete español; y en 27 de octubre de 1807 firmóse en Fontaine-

bleau un tratado secreto (Apéndice número 4°), entre el emperador representado por el mariscal Duroc y Carlos IV, representado por D. Eugenio Izquierdo, consejero de Estado (1): tratado que debe mirarse como el manantial de los espantosos acontecimientos de que no tardó en ser teatro la nacion española.

En virtud de este convenio el rey de Austria debia ceder á Napoleon sus posesiones en Toscana, y recibia en cambio la provincia de entre Duero y Miño y la ciudad de Oporto en Portugal, con el título de rey de la Lusitania Septentrional. La provincia de Alentejo y el reino de los Algarves en el mismo Portugal, debian pasar al dominio del príncipe de la Paz con el título de príncipe de los Algarves: las otras provincias portuguesas quedarian en depósito hasta la paz general, firmada la cual Carlos IV y Napoleon podrian disponer de ellas como juzgasen mas conveniente. Contenia tambien el tratado otros arreglos que tendian todos á favorecer el vasto proyecto que habia concebido

(1) D. Eugenio Izquierdo, natural de Zaragoza, pertenecia á una familia pobre y oscura. Encargóse de los gastos de su educacion el conde de Fuentes, quien le presentó despues en la corte á título de protector. No tardó en ser consejero de Estado y ajente confidencial del príncipe de la Paz. Despues del tratado de Fontainebleau no tomó ya parte en los negocios políticos: puede colocarse á Izquierdo en el catálogo de los españoles que han contribuido á las desgracias de su pátria.

Napoleon para hacerse dueño de la Europa. Mas el convenio unido á aquel era de mayor importancia que el tratado mismo (Apéndice número 5º). En efecto, para poner en planta lo estipulado, firmaron el mismo dia un convenio, en virtud del cual las tropas francesas y españolas habian de ocupar á Portugal; concediendo á las primeras el paso por el territorio de la Península; medida que debia considerarse preparatoria para un gran cambio en la ecsistencia política de España, si se tomaba en cuenta la ambicion desmesurada de Napoleon y la ninguna importancia que daba á la eleccion de los medios propios para lograr el objeto que se proponia.

Tal era la situacion de los españoles y la ecsasperacion de los espíritus á consecuencia de los desórdenes á que se entregaba el gobierno, y del déficit que habia en las rentas, cuando los franceses comenzaron á ocupar la Península Ibera para ejecutar el convenio, siendo recibidos como libertadores y como amigos. Habíase jeneralmente estendido la instruccion por las clases elevadas de la sociedad, no obstante la poderosa oposicion del clero y las severas prohibiciones de la inquisicion, y vagos deseos de grandes reformas políticas ajiataban poco á poco los espíritus. La perspectiva de las riquezas y de la preponderancia de la nacion francesa despertó el orgullo nacional; y de allí emanó la opinion comun de que sus ejércitos no podian conducir sino á circunstancias favorables

y á mudanzas útiles y de importancia. Los españoles instruidos deseaban ardientemente ver establecida en su pátria la libertad de cultos; deseaban igualmente una representacion nacional, un sistema económico y judicial fundado en la sabiduria, en una palabra, todas las mejoras del estado social que la cultura de la razon habia proporcionado á los pueblos modernos. Y alimentaban la esperanza de que todos estos bienes serian una consecuencia necesaria de la presencia de los soldados franceses.

Los ejércitos imperiales, mucho mas numerosos de lo que se habia estipulado en el convenio, se derramaron por Castilla la Vieja, Navarra, Vizcaya y Cataluña, y se posesionaron de ellas sin experimentar la menor resistancia, apoderándose de las principales ciudades fortificadas de estas provincias. En todas partes donde se presentaban los franceses eran bien recibidos de los habitantes, principalmente de las clases elevadas, que los trataban magníficamente y vivian con ellos en las mas perfecta armonía. Al principio el pueblo no tuvo motivo para quejarse de violencias ni de falta de disciplina; porque si un soldado frances cometia el menor exceso, acto continuo le castigaban severamente sus oficiales. Procuraban estos por todos los medios posibles captarse el afecto del pueblo y del ejército español, que lejos de recibir las tropas francesas con animosidad aguardaba que su organizacion y su disciplina serviria de

modelo al ministerio español para arreglar las fuerzas nacionales bajo el mismo pie.

Al propio tiempo la impaciencia natural de Napoleon, y el veemente deseo que le ajitaba de cumplir prontamente sus proyectos sobre la Península, estimuláronse aun mas con la discordia que reinaba en la familia real y con la situacion moral en que ésta discordia colocaba el pais. No ignoraba el Emperador que apesar de la buena intelijencia que hasta entonces habia reinado entre sus tropas y los españoles, la ocupacion militar del territorio hispano podria con el tiempo encontrar poderosos obstáculos. Conocia igualmente que el interés jeneral que inspiraba el príncipe de Asturias despertaria un dia el carácter nacional y sacaria la España del profundo letargo en que yacia. No dudaba que la carta que el principe le habia escrito, y la conducta que el marques de Beauharnais su embajador, habia observado en Madrid, hacian creer á los españoles y á la Europa entera que la córte de Francia estaba dispuesta á favorecer y patrocinar las ideas y las esperanzas del heredero de la corona; y por resultado de todas estas consideraciones preveia las grandes dificultades que se opondrian á su proyecto de ceñir á un Bonaparte la brillante diadema de las Españas.

Habíase ya puesto en planta, en parte, el tratado de Fontainebleau con la entrada de las tropas francesas, cuando destronada la familia real de Etruria llegó á Madrid buscando un asilo en el

palacio de sus antepasados. Napoleon no podia diferir por mas largo tiempo la ejecucion de su gran proyecto, sin esponerse al peligro de que se frustrára en todos sus puntos. Sintió vivamente la violencia de la crisis á que se veia arrastrado; y asi es que nunca pareció ni mas ajitado ni mas irresoluto. Los ministros franceses llamaban de continuo al principe de Masserano, embajador de España, y á don Eujenio Izquierdo, ajente de Godoy, para que aclarasen las dudas é incertidumbres de su espíritu. En fin no le fue posible ocultar por mas largo tiempo sus pensamientos; y sin miramiento á los tratados ecsistentes que habian sido ya sancionados por la reunion de la Toscana al imperio frances, envió á Izquierdo á Madrid en el mes de febrero de 1808, para declarar á Cárlos IV que en el estado actual de Europa, el interés de la Francia ecsijía imperiosamente la reunion al imperio frances de las provincias situadas entre los Pirineos y el Ebro. »El Emperador esperaba, mandábale decir, que el gabinete español se conformaria con sus deseos, y ofrecia en compensacion á S. M. C., Portugal entero y todas las ventajas que le pareciesen compatibles con la seguridad y la dignidad del solio imperial.»

Napoleon ordenó á Izquierdo partir á Madrid en posta y traerle la respuesta con toda la celeridad posible: porque de esta respuesta debian depender las medidas ulteriores que irrevocablemente tomaria segun las circunstancias. No contento

con esto, despachó á la villa y córte madrileña un correo tras otro; y en el intervalo mandó á su guardia imperial que se acercase á los Pirineos. La Francia entera se puso en movimiento, haciendo nuevos sacrificios de hombres y de dinero.

Antes de la llegada de Izquierdo, el príncipe de la Paz habia conocido las fatales consecuencias de su docilidad y preveido los resultados que debian necesariamente seguir á las medidas extraordinarias que se tomaban relativamente á España. »Tengo muy grandes temores, decia escribiendo á Izquierdo: el tratado no ecsiste ya; el reino se ve inundado de tropas; están á punto de ocupar las fronteras de Portugal; Junot manda en jefe, y el gabinete frances ha ecsijido el contingente de nuestras tropas que van á unirse á las del emperador Napoleon. Todo es intriga y falsedad. ¿Cual será el fin de tanta incertidumbre?»

No tardaron en desvanecerse las tinieblas. El mensaje de que era portador Izquierdo no dejaba dudas sobre las verdaderas intenciones de Bonaparte. Por otro lado sus propias observaciones y las noticias que habia adquirido en Francia de hombres muy al corriente de los públicos negocios y de las intenciones del gobierno de las Tuillerias, eran todavia, si cave, mas alarmantes. Efectivamente; demostró con toda claridad que el Emperador deseaba una respuesta negativa para tener un pretexto de tomar medidas fuertes y decisivas; que los comandantes de las tropas france-

sas en España habian recibido instrucciones particulares relativamente á la familia real ; que el establecimiento de un príncipe de la familia de Napoleon en el trono de España era el único objeto importante que podia desear en el estado actual de Europa , y con el sistema que el Emperador habia seguido hasta entonces ; que los intereses de su politica no podian conformarse con la ecsistencia de una rama de la familia de los Borbones en el continente ; y por fin que la situacion geográfica de la Península Ibera , el número y la comodidad de sus puertos , y los recursos importantes que podia ofrecer en una guerra marítima, eran muy propios para facilitarle la estension del bloqueo continental , primer principio y fundamento de su politica contra la gran Bretaña. A estos argumentos añadió Izquierdo algunas observaciones que le suministraba el conocimiento de los negocios politicos y que habia meditado durante su larga permanencia en Paris. Aseguró que de la resolucion que adoptase el ministerio español en tan difíciles circunstancias , iba á depender no solo la suerte de la Península , sinó la de todo el continente. Observó que si el rey resolvía resistir al torrente y permanecer en su reino , corria el riesgo de irritar á Napoleon y arrastrarle á medidas violentas : que si por otra parte tomaba el partido de retirarse á sus estados de América , las tropas francesas ocuparian el territorio hispano como lo habian hecho en Portugal con un pretesto seme-

jante ; que ante todo requeriáse necesariamente, y lo mas pronto posible, sondear el espíritu del pueblo y del ejército ; y que cualquiera que fuese el partido que se abrazase debia ser la resolucion pronta , porque Napoleon era tan activo en la ejecucion de sus planes cuanto osado en concebirlos. De dia en dia aumentáronse los temores y no quedó duda sobre el asunto ; en semejante estado , y poco despues de la llegada de Izquierdo, Napoleon envió al rey de España un jentil hombre, con el presente de catorce caballos normandos y una carta en la que le prevenia que habia resuelto visitar la Península ; no solo para tener el placer de conocer personalmente á su augusto aliado, sino tambien para terminar amigablemente , y sin el auxilio de las formas diplomáticas, las negociaciones relativas al estado político de España y de Portugal.

Ved aqui en sustancia lo que contenia la respuesta al mensaje de Izquierdo. S. M. C. consentia en la reunion al imperio frances de las provincias situadas entre los Pirineos y el Ebro ; y en cuanto á la compensacion que ecsijian esta renuncia y la del reino de Etruria , la España se encomendaba á la justicia y á la magnanimidad del Emperador , y esperaba que no miraria con ojos indiferentes los intereses de un gobierno que le habia dado tantas pruebas de fidelidad, de adhesion y de afecto.

La respuesta de Cárlos IV no dió á conocer

al público el motivo del viaje á España que proyectaba Napoleon; pero se sabe que regresado Izquierdo á Paris comenzaron de nuevo las negociaciones entre este enviado y los ministros franceses. O los últimos ignoraban los verdaderos designios de Bonaparte sobre la Península, ú obraron con perfidia continuando en representar el papel de negociadores. Y positivamente presentaron nuevas proposiciones sobre la division territorial del reino hispano, sobre una alianza ofensiva y defensiva, y entraron en la discusion de pormenores absolutamente incompatibles con la invasion de la tierra española, que se verificaba en aquellos momentos en que se discutian tamaños intereses.

Tiempo era ya de que Cárlos IV adoptase su partido; desgraciadamente no podia hacer una buena eleccion y de la que resultasen de algun modo felices consecuencias. Godoy apremiado por la procsimidad de los franceses, y por el odio del pueblo madrileño que se manifestaba ya con demasiada claridad y enerjía para que se engañase sobre sus ideas, propuso á la familia real retirarse á Sevilla, y de alli darse á la vela para Méjico. El rey y la reina adoptaron el plan, y convinieron en mantenerlo secreto hasta el momento de ponerlo en planta. Comunicáronlo únicamente á Soler, ministro de hacienda, que debia acompañar al monarca en su viaje: mas los cortesanos no tardaron en penetrar su intento, y el marques Caballero, secretario de gracia y justicia,

despues de una larga conferencia con Cárlos IV, en la que le manifestó los desastrosos resultados que acarrearía su ausencia necesariamente, logró la revocacion del decreto del viaje que estaba ya preparado, y aconsejó al monarca aguardar con firmeza la llegada del que debia mirar desde entonces como enemigo, y de confiar en la providencia y en el amor de la nacion. Este fue un golpe funesto al príncipe de la Paz, no solo porque eclipsaba el ascendiente que hasta aquel dia habia ejercido sobre el espíritu del monarca, sino tambien porque conoció que cualquiera que fuese el jiro que tomasen las cosas, nunca llegaría el caso de que se mostrase la suerte próspera á sus deseos. Por iguales razones causó sumo placer al príncipe de Asturias y á sus partidarios el consejo dado por Caballero al rey Cárlos; y asi es que llenaron de repetidos elojios al ministro, y prometiéronse los mas lisonjeros resultados del triunfo que acababa de obtener.

Sin embargo el ejército, cual si hubiesen querido arrebatár esta esperanza, permanecia á las órdenes inmediatas de Godoy, y como habia dado varias disposiciones militares para secundar el viaje proyectado, los movimientos de las tropas escitaron la atencion pública é inspiraron los mas fundados recelos. Hallábase á la sazón la corte en Aranjuez, donde comenzaron á llegar, contra la costumbre que reinaba en tales ocasiones, no solo los rejimientos españoles de la guardia sino tam-

bien los rejimientos valones y otros muchos cuerpos del ejército. Al mismo tiempo fueron llamadas las tropas que marchaban á Portugal con la órden de que se dirijiesen á Córdoba, Sevilla y Cádiz. La administracion de la marina en esta última ciudad recibió un decreto para que aprestase y tuviese dispuestos muchos barcos de guerra. El pueblo de Madrid, compuesto en su mayor parte de personas que viven de los gastos escesivos de la córte, no podia mirar con indiferencia un suceso que alejando á la familia real cegaba el manantial de su prosperidad. El descontento público comenzó á manifestarse con mas fuerza y enerjia de la que naturalmente debia esperarse de un pueblo que por tan largos años yacía encorbado bajo el yugo del poder absoluto. Esta sorda agitacion estendióse de Madrid á la Mancha, provincia situada cerca de Aranjuez donde residia la rejia familia, y que en la época de que se trata era la mas rica, la mas populosa y la mas floreciente parte de la Península. Por otro lado numerosos ajentes secretos del partido de Fernando se habian derramado por los contornos y villas inmediatas; distribuian dinero á los habitantes y les pintaban con los mas vivos colores el estado de opresion á que el príncipe de Asturias se veia condenado, y la tirania que Godoy, su mayor enemigo, ejercia sobre todos los ramos del gobierno. El pueblo de la Mancha que habia mostrado su carácter ardiente y noble en todos los sacudi-

mientos políticos de su patria, resintiéndose vivamente con la funesta discordia de la familia real. Reunióse una inmensa muchedumbre y se encaminó á Aranjuez; su presencia y las intenciones que parecían animarle inspiraron á Godoy y á los ministros de su partido las mayores alarmas, y resolvieronles á persuadir á la familia real la salida para Sevilla, durante la noche del 17 de marzo de 1808, sin guardia y sin servidumbre. Pretendían evitar de este modo, si era posible, el que fuesen reconocidos por el pueblo que ocupaba las avenidas de palacio.

Fernando, informado de este proyecto y estimulado con las señales de amor que principiaba á recibir del pueblo, comunicó la mañana misma de este día á distintos personajes del alcázar, la noticia de que se había fijado la partida para aquella noche y que estaba resuelto á no abandonar Aranjuez. Sus palabras corrieron de boca en boca entre los guardias y los cortesanos, acrecentando la conmoción popular, y dieron á entender que el príncipe de Asturias contaba con su apoyo. Numerosos grupos armados de palos se formaron y atravesaron en silencio las calles del sitio real y los jardines del palacio. Poseídos de la idea de que el monarca quería abandonarlos, los descontentos convinieron en el acuerdo de oponerse al viaje proyectado. Las tropas de línea y la mayor parte de la guardia real participaron de este deseo y manifestáronse animados de los propios sentimientos.

A las siete de la noche , la guardia del príncipe de la Paz que se habia hecho odiosa al pueblo y al ejército á causa de los privilegios que disfrutaba, se puso en movimiento. Un soldado de este cuerpo quiso reconocer el semblante de cierta dama que salia del alcázar del príncipe , y habiendo opuesto aquella alguna resistencia disparó un tiro al aire. El trompeta de guardias creyendo que era la señal de comenzar el viaje , en el que la guardia del príncipe habia de servir de escolta , hizo resonar sus ecos; y los descontentos persuadidos de que habia llegado el momento propicio de oponerse á un suceso que desaprobaban altamente, mostraron intenciones hostiles. Rodearon pues el palacio , se apoderaron de todos los pasos por donde era posible salir del sitio y atacaron la casa de Godoy, que logró ocultarse y evitó por el momento el furor de sus enemigos. El rey se presentó en el balcon y ofreció al pueblo que no se verificaria el viaje; con esta certidumbre retiráronse todos , persuadidos de que el favorito habia emprendido la fuga algunas horas antes, y que se hallaba ya á larga distancia de Aranjuez (Apéndices número 6).

Al dia siguiente aparecieron nuevas señales de inquietud: el pueblo no estaba satisfecho con lo que habia logrado hasta entonces , y el ensayo que acaba de hacer de su fuerza le inspiró el deseo de servirse de ella de un modo mas decisivo. Instruyeron á Carlos IV de que no cesaban los preparativos para escitar nuevos tumultos durante la no-

che; los ministros intentaron obligar á los comandantes de las tropas á que se opusiesen á los descontentos y los reprimiesen por la fuerza; mas los jefes militares se negaron todos á encargarse de una mision tan peligrosa, de la manera mas positiva, y declararon que solo el príncipe de Asturias podia hacerles renunciar á sus deseos. Fernando fue llamado acto continuo á la presencia de sus padres abrumados de pesares y de temores; afirmó que no tenia el menor conocimiento de los proyectos de la muchedumbre sublevada: no obstante, ofreció enviar algunas personas que ejercian sobre ella suma influencia, y que les rogaria que competiesen al pueblo á entrar en el camino del deber. Añadió que estaba dispuesto á tomar todas las medidas necesarias para asegurar la tranquilidad y la dignidad de los autores de sus dias.

Mas mientras trabajaba Fernando para cumplir sus promesas sobrevino un acontecimiento que aceleró el desenlace del drama: Godoy que se habia mantenido oculto entre esteras desde el 17, en que fue atacada su casa, se vió precisado á desamparar su escondite agoviado por la sed que le devoraba. Pidió un vaso de agua al primer centinela que encontró, ofreciéndole en recompensa un magnifico reloj de repeticion y algunas monedas de oro. El soldado en vez de aceptar la oferta prorumpió en grandes gritos, diciendo que alli estaba el traidor, y en el momento rodeó al príncipe una muchedumbre inmensa que le bajó arrastran-

do por la escalera. Maltratáronle é hiriéronle repetidas veces, y hubieranle asesinado infaliblemente, si Fernando á ruegos de Cárlos IV no se hubiese presentado acompañado de algunos individuos de la guardia. Manifestó á los amotinados que habia respondido de la persona de Godoy y que era necesario dejarle la vida para poder descubrir los cómplices de sus delitos, instruyendo el conveniente proceso. El pueblo obedeció con respeto y el desventurado favorito fue conducido á la prision entre dos filas de guardias y atravesando por medio de una multitud de cerca de cuarenta mil personas que le abrumaban á insultos y á maldiciones. Encerrado en la cárcel no tardó en presentarse un juez á dar principio al proceso recibéndole declaracion.

Fernando regresó á palacio en medio de los gritos del pueblo que le saludaba con el nombre de rey, y cercado de muchos individuos que el dia antes eran los aduladores de su enemigo. El rey y la reina, á cuyo rededor solo habian quedado algunos antiguos y fieles servidores, yacian en el mas profundo desconsuelo: Fernando procuró suavizar sus penas asegurándoles que no habia resonado una sola palabra contra ellos y que no tardaria Aranjuez en verse libre del inmenso vulgo que alli se habia reunido. Cárlos IV cargado de años y de enfermedades, y viéndose privado del apoyo de un hombre á quien por tanto tiempo habia entregado su confianza; naturalmente enemigo de

los negocios , é incapaz de tomar medidas enérgicas en tan difíciles circunstancias , consultó á los ministros y á algunas personas de su córte sobre la conducta que debia observar en el estado actual de las cosas. Todos le aconsejaron unánimemente abdicar en favor de su hijo: y Maria Luisa que habia perdido la esperanza de que Godoy volviese á cobrar el poder que habia disfrutado por tantos años , no alimentaba otro deseo que el de libertarle de las garras de sus enemigos y pasar en su compañía el resto de sus dias en cualquier rincón del mundo: asi es que no se opuso á semejante resolución. Cárlos IV , pues , firmó el 19 de marzo el decreto de abdicacion en favor de Fernando su hijo.

El anciano monarca en una carta dirigida al Emperador de los franceses dándole cuenta de este importante acontecimiento , dice que como su salud de dia en dia era mas débil , habia juzgado oportuno retirarse á un clima mas suave y abandonar el gubernalle de la nave del Estado: que en virtud de tal acuerdo habia abdicado la corona en favor de su amado hijo el príncipe de Asturias; y que esperaba , que en consideracion á los vínculos que unian entrambos paises , y del objeto particular que profesaba á la persona de S. M. I. , se dignaria aprobar la medida adoptada. Añadia que abrigaba esta esperanza tanto mas confiado , quanto mas profunda era la impresion que habian hecho en el ánimo de su hijo los sentimientos que

habia procurado inspirarle á favor de S. M.; y que no cabia duda en que emplearia todos los medios posibles para estrechar aun mas los lazos que unian las dos naciones.

Fernando fue, pues, proclamado rey por un pueblo ébrio de alegría y colmado de risueñas esperanzas. El propio entusiasmo reinó en Madrid, donde los habitantes saquearon las casas de Godoy y de sus principales partidarios. Todavía creció el gozo hasta el mas alto punto cuando dias despues vieron al jóven monarca encumbrar á los primeros puestos del gobierno á los hombres mas ilustrados y mas liberales de España, desterrados ó perseguidos á causa de la severidad con que habian censurado las medidas y los abusos del poder del favorito.

Godoy, aunque encerrado en una estrecha prision, cubierto de heridas y rodeado de espías no se dejó abrumar con el peso de sus infortunios. No abandonó un instante el hábito de superioridad que mostraba en los dias prósperos de su fortuna, y con el que le habian familiarizado tantos años de favor. Sabia que los acontecimientos que habian sobrevenido en Aranjuez debian acelerar la marcha de las tropas francesas á Madrid y tenia poderosos motivos para fundar sus esperanzas en la persona de Joaquin Murat, gran duque de Berg con quien habia mantenido por algun tiempo íntima correspondencia. O bien sea que apesar de la vigilancia de sus carceleros hallase medio de co-

municar sus ideas á la reina Maria Luisa , ó bien que la reina misma , que conocia perfectamente el jénero de negociaciones que seguia el principe, concibiese los mismos proyectos , ó bien finalmente que la reina de Etruria , enemiga declarada de Fernando é íntima amiga de Godoy , considerase el estado de las cosas bajo un punto de vista diferente del rey y la reina , y desease sacarlos victoriosos de la lucha , lo cierto es que Carlos IV firmó el 21 de marzo una solemne protesta contra su abdicacion. Declaró que este acto debía mirarse como nulo , pues se habia visto forzado á adoptar semejante medida para precaver las mayores desgracias é impedir la efusion de sangre de sus gobernados.

En su consecuencia escribió á Napoleon para anunciarle la resolución que habia tomado de ir á arrojarle en sus brazos y de ponerse enteramente á su disposicion ; porque solo el Emperador podia asegurar su ventura , su tranquilidad y la de su familia y de su reino. Aseguraba que habia firmado el acto de abdicacion en medio del estruendo de las armas y de los clamores de una guardia sublevada , y con el convencimiento íntimo de que tenia que escojer entre la vida y la muerte suya y de la reina ; y que considerándose ahora mas seguro habia determinado dejarlo todo á la decision del Emperador por lo que tocaba á la reina , al principe de la Paz y al rey mismo.

Mientras que tan extraordinarios sucesos des-

pertaban la atenciou de los españoles y los sacaban del estado de una obediencia ciega y pasiva, á que por largo tiempo se habian acostumbrado, Murat que mandaba en jefe las tropas francesas en España aceleraba su marcha á Madrid. En Aranda de Duero habia sabido la insurreccion de Aranjuez, y Maria Luisa y su hija aguardaban con impaciencia su llegada. Deseaban no solamente sacar á Godoy de la funesta situacion en que se encontraba, sino tambien hacer que naciese la division entre los franceses y Fernando, é impedir que el Emperador le reconociese por rey lejítimo de España.

Con este doble objeto, Maria Luisa entabló con Murat una correspondencia que continuó por muchos dias con actividad, tanto por su parte como por parte de su hija la reina de Etruria y quizas tambien por la de Cárlos IV. En su primera carta, fecha de 21 de marzo en Aranjuez, la reina anunciaba que su esposo no podia escribir á causa del mal estado de su salud; pero que deseaba ardientemente saber si el gran duque de Berg se hallaba dispuesto á emplear su influencia con el Emperador para asegurar la vida del príncipe de la Paz. Pedia en seguida que se concediese al príncipe el tener en su prision algunos criados y capellanes, y que el gran duque le visitase y le consolase puesto que eran íntimos amigos. En cuanto á ella y al rey, decia, solo deseaba obtener del Emperador un honesto retiro y el permiso de acabar su vida con el príncipe de la Paz. Afirma-

ba que no debian esperar de su hijo sino desgracias y persecuciones; que se habian fraguado las mas groseras imposturas para hacer odioso el príncipe de la Paz al Emperador, pero el gran duque no debia dar crédito á tales imposturas. Concluía espresando su reconocimiento y el del rey á Bonaparte, por las tropas que habia enviado; y declaraba que se ponian enteramente bajo su proteccion, persuadidos que un héroe tan grande y un monarca tan jeneroso no les rehusaria el favor que imploraban.

Otras muchas cartas espresaban ideas y sentimientos en un todo semejantes, entre las que se distinguian las de la reina de Etruria por la fuerza de las instancias y por el tono de ternura y de familiaridad que en ellas reinaba, como tambien por lo áspero de las acusaciones contra su hermano Fernando (Apéndice número 7). Antes de llegar á Madrid, Murat despachó á Cárlos IV uno de sus ayudantes, y despues le envió un cuerpo de tropas francesas que le acompañaron al Escorial. Tiempo despues pidió que se le entregase la persona del príncipe de la Paz, y cuando lo hubo conseguido le hizo partir en seguida para Francia, bajo la salvaguardia de una escolta francesa.

El jeneral llegó á Madrid el 23 de marzo á la cabeza de numerosas tropas y de un brillante estado mayor, en medio del cual descollaba por sus ventajas personales y por una magnificencia medio asiática y medio europea. Las tropas francesas ocu-

paron los cuarteles que les habian sido señalados, dejando la guardia de la villa en manos de los españoles, como si el jeneral mandase las tropas de ambos paises. Despues de permanecer algunas horas en el palacio del Retiro, lo abandonó para trasladarse al alcázar de Godoy, convertido despues en salon de las Córtes.

Los franceses fueron recibidos en Madrid con las demostraciones mas sinceras y mas ardientes de amistad y de entusiasmo, no solamente á causa de la admiracion que escitaban su aire marcial, su brillante aspecto y la perfecta disciplina, sino tambien porque se creia jeneralmente que tan solo habian venido á ausiliar al nuevo rey y á estrechar de este modo los vínculos que hermanaban las dos naciones. Asi es que todos vivian persuadidos de que iban á cesar para siempre las desgracias de la Monarquía, y solo hablaban de la fidelidad y de la gloria que esperaban á la nacion española, cuando bajo los auspicios de Napoleon, recobrase sus riquezas y su antigua preponderancia.

Fernando verificó su entrada al dia siguiente en medio de una multitud inmensa ébria de alegría, y que proclamaba en altas voces el afecto que profesaba al nuevo soberano. El rey espidió al instante varios decretos en los que se traslucian miras benéficas y patrióticas: y los habitantes de Madrid no cesaban de admirarle y aplaudirle. Los varones instruidos y virtuosos, desterrados y perseguidos en el reinado anterior, corrieron á la ca-

pital de todos los puntos del reino , para recibir allí la recompensa debida á su constancia y á los padecimientos que habian pesado sobre ellos. No obstante , un acontecimiento extraordinario vino á oscurecer tan brillante perspectiva : el jeneral en jefe de las tropas francesas , cuñado de Napoleon , y depositario de sus secretos sobre la Península Ibera , no solo no habia reconocido á Fernando como rey , sino que ni aun le habia visitado. A los ojos de los que conocian la política y el carácter del Emperador , semejante circunstancia parecia muy importante y digna de llamar la atencion , y presajaba para lo futuro sucesos que bajo ningun aspecto podian ser satisfactorios. Conducta tan extraordinaria motivó y dio pie á negociaciones y esplicaciones entre las personas que gozaban de la confianza íntima del rey y de Murat. Finalmente , el jeneral confesó que aguardaba instrucciones del Emperador para obrar en caso tan imprevisto ; mas aseguró que debia recibirlas de un dia para otro , y con ellas amplias facultades para verificar el reconocimiento del rey Fernando.

Engañado con tal esperanza el hijo de Cárlos IV , dirijió al Emperador una carta en la que le daba cuenta circunstanciada de los sucesos á que debia su prematura elevacion al trono ; reiteraba la firmeza del deseo que tenia de unirse con una princesa de su familia , y le suplicaba que cumplierse tan luego como le fuese posible la promesa que habia hecho á Cárlos IV de verificar su viaje

á España. Fernando vivia entonces tan persuadido de la prócsima llegada de Napoleon , que dió las órdenes mas terminantes para prepararle magníficas habitaciones en el palacio, y mandó formar el programa de las fiestas que debian celebrarse en Madrid durante su permanencia.

En la misma época entabló Murat con el anciano rey y con la reina secretas conferencias, y recibió por conducto del jeneral Monthion el acto de protesta de que hemos hablado y cuantas noticias é instrucciones podian poner en duda la legalidad de la elevacion de Fernando al trono. El objeto principal que parecia estimularle ahora era adquirir datos para poder demostrar á la Europa que la familia real de España, despedazada por la discordia, se presentaba de todos modos indigna del rango elevado que ocupaba. Por esta razon, las cartas y relaciones que pasaron por sus manos y que se publicaron despues en los periódicos de Europa, hacian tan poco honor á Cárlos IV, á María Luisa y á Fernando.

Para desvanecer en el corazon del nuevo rey toda especie de temores, Murat continuó repitiendo cada dia las seguridades de la prócsima llegada del Emperador; y Fernando la creyó hasta tal punto, que envió tres grandes de España á recibirle en la frontera. Los tres personajes iban igualmente autorizados con los poderes necesarios para hacer formalmente la demanda de una princesa de la familia imperial. En resolucion, el infante don

Cárlos tomó el camino de Francia con la esperanza de encontrar ya al Emperador en territorio hispano.

Y unos y otros llegaron á la raya sin observar la menor apariencia de tan importante viaje; y sin que en la córte se recibiese esplicacion alguna de su extraño proceder. Solamente Murat podia darlas; mas negábase á ver al rey, porque se hubiera visto obligado á tratarle con el título de majestad que le era debido. En este tiempo llegó á Madrid el general Savary, encargado de una mision especial para visitar al monarca y conferenciar con sus ministros de órden de Napoleon: y obtenida por consecuencia una audiencia del rey, anunció que habia venido á felicitar al monarca en nombre del Emperador, quien no tardaría en reconocerle como rey de España y de las Indias, si S. M. continuaba mostrando por lo tocante a la Francia los mismos sentimientos que habian guiado á su augusto padre. Fernando respondió en los términos mas afectuosos y citó en prueba de sus sentimientos y de la conducta que deseaba seguir, la demanda que ya habia hecho de su alianza con una sobrina del Emperador. Savary respondió que S. M. I. se hallaba ya en los contornos de Bayona, y que no tardaria muchos dias en pisar Madrid.

El astuto enviado, despues de haber lisonjeado á Fernando con tan brillantes esperanzas, renovó su visita y le persuadió que sería conveniente salir al encuentro del Emperador, que por la vez

primera abandonaba sus estados sin tomar el ademán de conquistador. Aseguróle que una prueba tan terminante de afecto sería muy grata á Napoleon, y que facilitaría los medios mas eficaces y mas favorables de terminar las disensiones relativas á la familia real de España en favor de un monarca que parecia llamado al trono por el voto jeneral de la nacion, en cuyo trono le sostendria sin duda alguna el regulador de los destinos de Europa.

Conformábase esta proposicion con los intereses y los deseos de Fernando y de sus consejeros: Escoiquiz, San Carlos é Infantado dijeron á S. M. que era preciso no perder momento y que la ocasion que se presentaba era la mas feliz que podia proporcionarse en las circunstancias críticas en que se hallaba el reino. Con sumo disgusto del pueblo de Madrid, ordenaron al instante los preparativos para el viaje con la mayor precipitacion; y cundió la opinion de que el monarca no pasaria de Burgos; en cuya creencia estaban S. M. y sus propios consejeros. Savary corroboraba tambien la idea esparcida por todas partes en las tertulias que frecuentaba, que habia recibido cartas del Emperador que no dejaban duda alguna de que estaba ya en camino.

Fernando, instruido de las intrigas que se urdian en la córte de su padre, resolvió antes de partir no dejarle ningun pretesto para disputarle la legitimidad de sus derechos al trono. Con este

objeto envió á Cárlos IV una carta muy respetuosa , con fecha 8 de abril , en la que le decia que estaba muy satisfecho de la entrevista que habia tenido con Savary , de la buena fe que manifestaba el enviado imperial , y de la perfecta armonía que reinaba entre su persona y la de Napoleon. Representábale que le era necesario el que su augusto padre le diese una carta para el Emperador de los franceses felicitándole sobre su viaje y asegurándole que su hijo abrigaba respecto á S. M. I. los mismos sentimientos que el padre. Fernando añadía que deseaba le remitiese esta carta lo mas pronto posible , porque habia decidido partir dentro de dos dias , y quedaban dadas las órdenes oportunas. María Luisa indujo á su esposo á que respondiese á esta carta de una manera evasiva é insignificante ; y acto continuo trasladaron al Duque de Berg copia de la respuesta , rogándole que les dictase la conducta que en este asunto debian observar. El príncipe Murat respondió que Cárlos IV no debia , bajo pretesto alguno , acceder á la peticion de su hijo ; de este modo fomentaba el odio que la reina habia tenido siempre á Fernando , é inspiraba nuevas esperanzas á sus cortesanos , quienes divulgaron la voz de que Napoleon venia á restablecer á Cárlos IV en el trono y libertar á don Manuel Godoy de las garras de sus enemigos. Tales noticias cundieron rápidamente por Madrid , y aumentaron considerablemente la agitacion que reinaba ya en la capital.

Estos acontecimientos, cuya importancia se escajeraba en el interior del real palacio á causa de la diverjencia de opiniones que allí reinaba, no dejaron de despertar la atencion de Fernando y de los que le aconsejaban que emprendiese el malogrado viaje. Las circunstancias se presentaban tanto mas graves, quanto cada dia se recibian nuevos detalles de la conducta casi hostil de las tropas francesas que ocupaban el norte de España. Fernando llamó por consiguiente á Savary y le representó francamente sus temores, no solamente sobre el viaje del Emperador, sino tambien sobre las intenciones de este soberano para reconocerle ó no por rey de España. Savary replicó que respondia con su cabeza si S. M. I. no cumplia sus promesas; y añadió que si en la primera entrevista que el rey le habia concedido le habia dado solo el tratamiento de alteza, habia sido á causa de la etiqueta, pero que no tardaria en prodigarle el título de majestad.

Seguridades tan positivas no destruyeron, sin embargo, las sospechas enjendradas en el ánimo de Fernando, no obstante que partió para Burgos el 10 de abril despues de haber confiado el gobierno de sus estados á una junta presidida por su tio el infante don Antonio. El pueblo madrileño vió la partida de su idolatrado príncipe con el silencio que manifiesta el temor y la sospecha; y aunque su presencia en los lugares por donde pasaba escitase las aclamaciones mas ardientes, fácil era

conocer que estas demostraciones de alegría ibán mezcladas con el sentimiento de compasión que escitaba el jóven monarca, destinado probablemente á ser la víctima de la mala fe del mas ambicioso de los conquistadores.

Savary acompañaba á Fernando en uno de los coches de la comitiva, y no le perdía de vista sino en los instantes precisos. A su llegada á Burgos admirado en extremo el rey de no encontrar allí al Emperador, ó al menos una carta que desmarañase el misterio ó diese señales del punto donde se hallaba, titubeó en su acuerdo. El doloso jeneral persistió con veemencia en sus últimos asertos, y aseguró que el Emperador Bonaparte se encontraba en aquel momento en la ciudad de Vitoria: rogó á Fernando que siguiese el camino y se acercase al punto indicado. Consintió el príncipe con repugnancia, aunque sus obstinados cortesanos le alentaban en tan funesta empresa, porque no preveían los infortunios que acarreaban. Jamás concibieron el mas mínimo temor de las intenciones del Emperador de los franceses, y por el contrario alimentaron las esperanzas mas lisonjeras, y juzgaron que Fernando no tardaría en estar de vuelta en Madrid enteramente afirmado en su trono, y enlazado por los vínculos del matrimonio, con una dinastía que progresivamente se apoderaba de todos los cetros de Europa.

En Vitoria el negocio comenzó á tomar un rumbo distinto, porque no ecsistía en la ciudad

el menor indicio del viaje del Emperador. Detúvose Fernando para deliberar la conducta que debia tener en tan difíciles circunstancias, pues no le parecia lícito pasar adelante sin recibir datos positivos sobre el estado real de las cosas, y sin obtener esplicaciones claras sobre los sucesos oscuros y contradictorios que hasta entonces habian sobrevenido. No halló mejor medio de salir de la incertidumbre en que estaba, que entrar francamente en correspondencia con el Emperador de los franceses.

Con este intento dirigió el 14 de abril una carta á Napoleon, en la que le decia que habiendo sido encumbrado al solio por la abdicacion libre y espontánea de su augusto padre, habia observado con el mayor sentimiento, que ni el gran duque de Berg ni el Embajador frances, le habian felicitado por su ascenso al trono. Semejante conducta no podia atribuirle sino á la falta de instrucciones; y sin embargo podia asegurar en alta voz que desde el principio de su reinado no habia dejado escapar ocasion alguna de dar al Emperador los testimonios mas sinceros de su fidelidad y de su afecto. Uno de los objetos de que se habia ocupado desde luego, habia sido el suministrar á las tropas francesas alojamientos y provisiones, apesar de la estrema penuria del tesoro. En todas sus cartas al Emperador habia manifestado el mas vivo deseo de estrechar y de hacer indisolubles los lazos que unian á su augusto padre y á S. M. I. Con esta